



Socha

*Tierra,
páramo e
identidad*

Diálogos Geográficos VIII

ISBN 978-958-5494-93-0
ISBN en línea 978-958-5494-94-7

Dirección de
INVESTIGACIÓN
y Prospectiva

Socha: tierra, páramo e identidad

Diálogos Geográficos XVIII

Primera edición

Bogotá / septiembre 2025

ISBN 978-958-5494-93-0

ISBN en línea 978-958-5494-94-7

Instituto Geográfico Agustín Codazzi

Johan Andrés Avendaño Arias

Director Técnico, Dirección de Investigación y Prospectiva

Coordinador del proyecto:

Johan Andrés Avendaño Arias

Autores:

Johan Andrés Avendaño Arias

Juan Carlos Jiménez

Johan Eduardo Craig Santos

Ivan Darío Camacho Puerto

Diseño y diagramación:

Gabriela Amaya Vásquez

Jose Castro Ganica

Corrección de estilo:

Gloria Yulier Cadena-Montero

Angela Marcela Ortiz Rocha

Compilador

Johan Andrés Avendaño Arias

Consejo directivo

Gustavo Francisco Petro Urrego

Presidente de la República de Colombia

Francia Elena Márquez Mina

Vicepresidenta de la República de Colombia

Piedad Urdinola Contreras

Departamento Administrativo Nacional de Estadística – DANE

Natalia Irene Molina Posso

Director Departamento Nacional de Planeación – DNP

Pedro Arnulfo Sánchez Suárez

Ministro de Defensa Nacional

Lena Yanina Estrada Añokazi

Ministra de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Martha Carvajalino

Ministra de Agricultura y Desarrollo Rural

Gustavo Adolfo Marulanda Morales

Director General IGAC

Martha Lucía Parra García

Secretaria General IGAC

Comité directivo

Gustavo Adolfo Marulanda Morales

Director General

Camila Andrea Baquero Arévalo

Subdirectora General (E.)

Johan Andrés Avendaño Árias

Director de Investigación y Prospectiva

Óscar Romero Guevara

Jefe Oficina Observatorio Inmobiliario Catastral

Anderson Puentes Carvajal

Director Técnico Gestión de Información Geográfica

Carlos Andrés Franco Prieto

Subdirector de Cartografía y Geodesia

Ricardo Fabián Siachoque Bernal

Subdirector de Agrología

Manuel Guillermo Beltrán Quecan

Subdirector de Geografía

Melissa Lis Gutiérrez

Jefe Oficina Laboratorio Nacional de Suelos

Carmen Cecilia Cogollo Altamiranda

Directora de Gestión Catastral

Alexis Javier Carbone Mendoza

Subdirector de Proyectos

Alexis Javier Carbone Mendoza

Subdirector de Avalúos

Andrés Felipe González Vesga

Director de Regulación y Habilitación

Fernando Pérez Moreno

Director de Tecnologías de la Información y Comunicaciones

Diana Alexandra Ruiz Bedoya

Subdirectora de Información

Elkin Enrique Virgen Galán

Subdirector de Sistemas de Información (E.)

Fernando Pérez Moreno

Subdirector de Infraestructura Tecnológica

Martha Lucía Parra García

Secretaria General

Gloria Marlén Bravo Guaqueta

Subdirectora de Talento Humano

Laura Moreno Moreno

Subdirectora Administrativo y Financiero

Fabián Eduardo Camelo Sánchez

Jefe Oficina Asesora de Planeación

Camila Gutiérrez Barragán

Jefe Oficina Asesora Jurídica

Alejandra Montenegro Pinzón

Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones

Edgar Ortiz Botero

Jefe Oficina de Control Interno

Natalia Rojas González

Jefe Oficina Control Interno y Disciplinario

María Alejandra Ferreira Hernández

Jefe Oficina de Relación con el Ciudadano

Victor Maldonado Nova

Jefe Oficina Comercial

Socha

Tierra, páramo e identidad

Diálogos Geográficos VIII

Este documento fue realizado dentro del grupo de investigación de Geomática reconocido por Minciencias, del Instituto Geográfico Agustín Codazzi de la Dirección de Investigación y Prospectiva. Proyecto: **Socha: tierras, páramo e identidad**

TODOS LOS DERECHOS RESEVADOS para la reproducción parcial o total de la presente obra se requiere la previa autorización del INSTITUTO GEOGRÁFICO AGUSTÍN CODAZZI (IGAC). El texto, la cartografía y gráficos contenidos en la presente obra están sujetos a derechos de propiedad intelectual (“Ley 23 de 1982, modificada por la Ley 44 de 1993, Ley 1915 de 2018, y la Ley 2294 de 2023, y aquellas normas que modifiquen, adicioneen o deroguen las disposiciones vigentes relacionadas en la materia”.

Dirección de
INVESTIGACIÓN
y Prospectiva



Introducción

Colombia, en sus más de doscientos años de vida republicana, reconoce en la cultura popular la importancia de la Campaña Libertadora de 1819, liderada por Simón Bolívar, aunque este reconocimiento se manifiesta con mayor intensidad en unos territorios que en otros. Socha (Boyacá) constituye un caso particular: allí sus habitantes han expresado formas singulares de identidad y patriotismo que perduran en el tiempo y se entrelazan con las dinámicas propias de los Andes colombianos. La memoria local evoca el papel crucial de esta población en la reorganización, el fortalecimiento y el apoyo a las tropas patriotas tras el difícil tránsito por el páramo de Pisba, hecho que permitió el posterior éxito de la campaña. Hoy en día, los sochanos continúan ejerciendo un orgullo vivo por la labor y los actos de sus antecesores.

Este documento, elaborado en el marco de los noventa años del Instituto Geográfico Agustín Codazzi, se propone contribuir a la reconstrucción de la memoria histórica del territorio sochano. Nos

acercamos a un espacio en el que confluyen realidades históricas, físicas, sociales y culturales que permiten comprender la evolución de la tenencia de la tierra a través de relatos que evocan el arraigo al territorio en distintas temporalidades: el pasado, el presente y las proyecciones hacia el futuro. A su vez, revela la influencia de dinámicas como la minería, la ganadería, el ecosistema de páramo y los cambios generacionales en el campo colombiano, configurando un panorama complejo e inquietante.

Para este propósito, realizamos una recopilación de archivos que incluye imágenes actuales, fotografías aéreas, cartografía y recortes de prensa, entre ellos el registro de la inauguración de Aceñas Paz del Río, tomado del archivo digital de El Espectador: Carlose. (1954, octubre 13). Hoy se inaugura Paz del Río. El Espectador, 44(15.480).

Esperamos que cada relato transporte al lector entre los cultivos, las calles y el frío de los páramos, ofreciendo una ventana a las memorias y realidades del territorio sochano.

Un inicio

Es diciembre de 2023. En las calles de Socha se murmura sobre lo que oculta la polisombra verde que rodea buena parte del parque central. Por las calles principales no dejan de circular volquetas y tractomulas que, como estela, dejan el denso polvillo de los cargamentos de carbón. No solo se ve: se respira en el aire pesado. Hace tiempo que se aprendió a vivir así.

El maestro Byron Benítez es el responsable de aquello que está oculto y que tanto impacienta a la gente. Este hecho resulta algo curioso: todos en Socha saben de qué se trata, pero viven con la expectativa del *cómo* será.

Antes, en el Parque Los Libertadores — como se le conoce a la plazoleta central de Socha— estaban erguidos, frente a frente, los bustos de Bolívar y San Martín. Los caminantes pasaban de largo; no había ni una silla de metal ni de mármol frío donde detenerse a descansar. En las mañanas, jóvenes de rostros quemados y curtidos, que se entregaron a la suerte de la minería, atraviesan con premura el parque. Aseguran que el campo “ya no da”. En las tardes, las esquinas se llenan de voces: están los que buscan enterarse de los chismes, los que esperan el último transporte hacia Duitama o quienes deben regresar a sus veredas antes del anochecer. Junto a ellos, se reúnen también los testigos de los cambios del pueblo: quienes recitan la historia de Socha desde la época en que el territorio era dominio de los tunebos; quienes aseguran que sus padres y madres llegaron desde Santander o los Llanos Orientales; quienes fundan su arraigo en la aparición de Acerías Paz del Río en la región. Eso sí, sin excepción, todos manifiestan sus quejas: no

hay buenas vías, el agua escasea, las veredas están abandonadas.

—¿Y si se cae el puente antes de llegar a Socha Viejo? —preguntan una y otra vez.

—¡Nos jodemos! —se responden.

Pero es diciembre y otros son los rumores.

A Benítez le ha tomado cerca de seis meses dar forma a su creación. Por medio día, el ruido de las máquinas se detiene, y en las veredas se ha anunciado que hay que ir al pueblo, porque hoy es el día. De La Laja, El Mortiño, Socuará, Soraquí, Socha Viejo, de todas las veredas ha llegado la gente, como si se tratara de un antiguo domingo de mercado. Se ha organizado un desfile, una oración, las palabras de las autoridades municipales y, por supuesto, las palabras del artista.

Y entonces, sí: llega el momento de develar la obra. Se trata de una gran placa de roca amarillenta, compuesta por tres cuerpos. En uno de sus costados se describe la llegada de la gesta libertadora a Socha, una historia que enorgullece al pueblo; en otro, aparece el lema del municipio, escrito en cursiva y en colores: “Socha, nodriza de la libertad”, acompañado de una reseña sobre Matilde Anaray. En la cúspide, se erige su figura fundida en cobre.

En conjunto, los elementos estampados en piedra y la figura de Matilde conforman un mensaje único: he aquí un hito fundacional, poderoso y vivo, que se recrea entre los sochanos. Narrar la historia de este monumento se convierte en la excusa perfecta para iniciar el relato de un pueblo lleno de contradicciones y desafíos, de nostalgias históricas y futuros azarosos, desde la forma en que entienden y habitan su territorio.

Por ello, el texto que se presenta a continuación no constituye un gran recuento basado únicamente en construcciones académicas o investigativas (aunque no se desconozcan), sino una narración desde la perspectiva de la memoria colectiva.

Se convocó a los sochanos a hablar, y respondieron. Se acercaron habitantes del casco urbano y de algunas veredas para conversar largamente sobre su territorio, a partir de sus usos y apropiaciones. ¿Qué significa vivir en Socha? No fue un ejercicio con una estructura lineal, temporal ni esquemática, sino concebido desde la transversalidad de los temas. Como lo advirtió uno de los entrevistados desde el inicio: *todo tiene que ver con todo*.

Hablar del monumento en el parque Los Libertadores es apenas el punto de partida de una serie de conversaciones en torno a lo que, en lo cotidiano, se ha considerado sagrado.



Dice que recorrieron los Llanos, que tomaron por Nunchía, por el Pisba², por Tasco; alcanzaron el Pantano de Vargas, en donde asegura que fue la verdadera batalla, no la del Puente de Boyacá.

—Ah, pero en Socha [...] —se detiene para revisar las miradas, como esperando a que le quiten la voz, pero nadie lo hace. Entonces continúa—. ¡Pues ahí es el momento de uno de los nacimientos de Socha, el de su importancia para la Compañía Libertadora!

El hombre pega un sorbo a su café antes de continuar. Dice que la historia de este nacimiento inicia con una misa, un cura, un alcalde y una niña. Y dando orden a las ideas, dice que a Socha llegó el Ejército Libertador por la vereda La Laja. Los jóvenes que lo conformaban cruzaron el páramo y lo primero que hicieron fue buscar refugio en la capilla. Habían atravesado la neblina densa y enfrentaron las lluvias y el granizo con las prendas rasgadas. Algo se debía hacer. Tomás Romero, el cura del asentamiento, y José Ignacio Sarmiento, el alcalde, convocaron a una misa para buscar ayuda entre los parroquianos. La falta de prendas era lo más urgente, por lo que Romero, desde su púlpito, hizo el llamado a la solidaridad.

—¡Todos se quedaron mudos! —interrumpió alguien.

—No movieron ni un dedo —agregó otro.

Y como el mito es aquello que se decide tener como verdad, la versión a la que se le da santo y seña es que el domingo 2 de julio de 1819, frente al silencio de la gente, una niña avanzó lentamente hacia el párroco, sin que nadie entendiera lo que quería. La imaginan pequeña, y con cada paso

que dio, sus manos iban despojándose de una de sus prendas, sin pensar en el frío que hacía o en lo que dirían los demás. No importó. Sin lugar para pudores, sin una palabra, se acercó al altar y entregó su vestido. Dicen que luego la siguieron otros, pero ella fue quien encendió el fuego. A esa niña se le conocerá como la *Protectora del Ejército*. Ella, Matilde Anaray, con solo trece años, se convertiría en la figura que domina el territorio simbólico de Socha. Las huellas de Matilde se encuentran no solo en el nuevo monumento que de un plumazo de decreto municipal desplazó al propio Bolívar: a tan solo unas cuadras de su nuevo homenaje se encuentra una pequeña plazoleta que lleva su nombre. En realidad, poco se visita, poco se reconoce. También, su pisada está en una de las veredas, Socha Viejo, en donde se le recuerda a través de una estatua. *Escultura a la benemérita Matilde Anaray*, dice la placa. La imagen de Matilde ha trascendido Socha y hasta las autoridades e instituciones oficiales no se quedaron con las ganas de inmortalizarla: una estampilla para el Bicentenario de la Independencia y, más recientemente, a la Casa del Gobernador de Boyacá se le bautizó con su nombre.

—Bolívar se quedó en Socha cinco días, por el gesto de la gente —dicen unos con algo de orgullo, aunque otros no confían en esta parte del relato.

—Estas historias se desconocen. A veces a nosotros mismos se nos olvida qué fue lo que nos pasó y cómo es por acá.

Pensar en *cómo es por acá*: la provocación que hacen obliga a tener una primera aproximación al paisaje humano de Socha. En la conjugación entre la geografía y la historia tradicionales, el

libro *Trayectoria militar de Santander* (1940), del general Pedro Julio Dousdebés, se describe la ruta de la campaña libertadora, con sus caminos agrestes y complicados que llevan de Paya a Socha. Y, como en el relato vívido que van tejiendo los sochanos, hay que imaginarse a aquellos hombres partiendo desde la aldea Setenta, a orillas del río Apure en territorio venezolano, dirigirse hacia Tame para luego ascender hacia las montañas de la cordillera oriental.

El abandonado camino, por fragoso y por pendiente, escogido con tanto tino por Santander para transmontar la cordillera [...] arranca en Paya, a 900 metros de altura y a 24 grados de temperatura, y asciende por 6 leguas hasta Pisva (sic), que tiene 2.000 metros de cota y 18 grados de temperatura; sigue ascendiendo otras 4 leguas más para llegar a Quebradas, donde hay ya 2.400 metros y 15 grados; un nuevo ascenso de 3 leguas conduce a Pueblo Viejo, 2.900 metros y 8 grados; síguese ascendiendo por 2 leguas más para llegar al pie del páramo, del lado oriental. Allí sí que principia el verdadero páramo, el cual se extiende por 3 mortales leguas, con una cota entre 3.900 y 4.100 metros y una temperatura de 2 a 0 grados y aún menos, hasta llegar al pie del páramo en el costado occidental, y en 3 leguas más ya de marcado descenso, entrar a Socha, rica población de 2.625 metros y 15 grados de temperatura. (p. 243)



2. Hace referencia al Páramo de Pisba.

Llegar a Socha, ver a Socha

Una legua, esa medida de longitud perdida indeterminada. Dicen que pueden ser cuatro kilómetros, otros dicen que siete.

Algunos afirman que es lo que se camina en una hora. Hoy, dejando de lado el sinsentido del uso del tiempo y la tecnología, sabemos que una hora y media en vehículo y sin contratiempos separa a Socha de Duitama, la ciudad intermedia que la engancha con la modernidad. Sin embargo, las dificultades de comunicación parece que fueran de alguna forma las mismas.

—La vía que nos atraviesa vive en permanente mal estado. El tránsito de los camiones pesados a toda hora la maltrata —se lamentan.

—Las soluciones no llegan hasta acá.

De Duitama se toma el camino a Santa Rosa de Viterbo, Cerinza y Belén. Se sube, se avanza paralelo entre el río Chicamocha y las montañas. Cuando se va acercando a

Paz del Río, el paisaje se transforma. El cambio es abrupto.

—Se marchita. Es como si se deshojara —dicen.

La metáfora vale. El verde de la montaña virgen va desapareciendo y a la vista del viajero aparece el ocre propio que dejan los tajos. En la región no dejan de quejarse, pero ya muchas de las miradas son indiferentes. Al fin y al cabo, estas tierras tienen una diversidad geológica que se ha conectado con la vida del boyacense, cuya identidad campesina se ha vinculado con la del minero del carbón, la arenisca, la caliza, el caolín, las arcillas y el hierro. Esa también ha sido parte de su tradición.

—Nosotros somos culpables también, para qué nos decimos mentiras.

Asienten con la cabeza y convocan de nuevo a la historia para explicar de manera breve. Afirman que los pueblos



Pero se ha advertido ya: *todo tiene que ver con todo*. Es por eso que el hito fundacional republicano llamado Matilde Anaray le va dejando espacio a aclarar lo del segundo nacimiento de Socha.

–Pero la “verdadera” Socha –aclaran rápidamente.

–Y no, no es el 22 de octubre de 1540 –dice alguien sin dudar.

Esta fecha es el nacimiento oficial. Socha, expresan orgullosos, significa *Tierra de la buena luna* en lengua chibcha, y quien dude de la veracidad, lo retan para que visite el municipio y contemple una noche de la luna creciente. Pero se remiten a 1870, cuando un deslizamiento de tierra obligó a que el pueblo se trasladara al sector llamado Laguna Seca, en lo que es su ubicación actual.

–Socha sigue siendo la misma Socha –se apura a decir alguien.

Muchas de sus tradiciones y sus relaciones comerciales están atadas a los municipios de Paz del Río, Sativasur, Tasco y Socotá, que junto con Beteitiva, Jericó y Chita forman lo que se conoce como la Provincia de Valderrama. Y ¿qué es eso de la provincia? No hay respuesta que desemboque la misma pasión entre los relatores.

La provincia es sencillamente la forma en que el boyacense organiza su espacio y se relaciona con él. Según el historiador Javier Ocampo López, es un elemento de la “psico-

logía profunda boyacense” (1997, p. 60). El tema puede ir más allá. La provincia es una forma de organización política y administrativa que se arraigó en Colombia desde la época colonial, que se remonta, si se sigue deshilvanando, hasta el mismísimo Imperio Romano (Rodríguez, 2007, p. 207). Cuando en 1936 se dictaminó que el modelo de organiza-

ción mínimo serían los municipios, la figura de la provincia inició su camino hacia el retiro. Boyacá, creada como departamento en 1821 bajo la tutela del Congreso de Cúcuta, tuvo como forma administrativa la provincia, el cantón y la parroquia, y la componían las provincias de Tunja, Pamplona, Socorro y Casanare. De nuevo, Fals Borda (1957) sale al paso para mencionar lo siguiente:

Los pivotes principales del autonomismo unitario que consagra la Constitución son las provincias (constituídas por municipios afines) y las regiones, no los departamentos. El establecimiento de Provincias y Regiones como unidades territoriales será una contribución a la paz y al progreso porque articulan una visión macro ayudando a resolver problemas mayores que inciden en los conflictos, y que los municipios y departamentos solos son incapaces de resolver. La realidad de Colombia como país de regiones, provincias, territorios indígenas y afrocolombianos es ventajosa para el país. (p. 87)

Lo anterior contiene un aroma de optimismo hacia las formas organizativas, cuyo eje recae en modelos administrativos alternativos, basados en las conexiones identitarias, imaginarios colectivos, afinidades territoriales, contactos sociales y culturales cercanos. Pero apartados de este tipo de consideraciones, Boyacá y sus trece provincias son ejemplo de territorio contenedor de hechos naturales y de acciones humanas que se adaptan y transforman. Es decir, son un espacio natural en el que sus habitantes comparten las experiencias históricas, sociales, culturales.

Nacer una y hasta dos veces



¿De dónde Somos?

¿Y de dónde es la gente de Socha?

—¡Pues de Socha! —responden entre risas.

De pronto, caen en la cuenta de que la respuesta no es tan rápida y fácil. Aclaran que, en efecto, su pasado es indígena sin desconocer el mestizaje originado por los enclaves españoles que se formaron alrededor de los resguardos instalados en Boyacá durante la época colonial.

—Y también los que llegaron con la Campaña Libertadora.

Parece ser cierto. Varios aseguran haber escuchado a sus padres y abuelos conversar sobre algún familiar que llegó desde los Llanos Orientales, de la mismísima Venezuela con los ejércitos libertarios. Si hay algún recuerdo particular, nadie lo dice. Siguen el repaso de los años, y de la gesta libertadora pasan a instalarse en un gran hito nacional, la Guerra de los Mil Días, y sucede lo mismo: los rastros son difusos, la memoria es esquiva. El relato de cómo se dieron las pequeñas migraciones comienza a tener forma, cuando de repente uno de ellos pide la palabra.

—Fue en los años treinta, estoy seguro —dice.

Fueron épocas difíciles, aclara. Dice que su padre se lo contó: los jóvenes de Socha se *regalaban* para prestar el servicio militar. No eran muchachos de dieciséis o de dieciocho años, sino algo más mayores; de nada les importó que la ley les permitiera quedarse en sus casas si eran hijos únicos. Estaban decididos. Se despidieron de sus familias, sin el convencimiento de llevar un arma. Reflexión obligada en este punto: ¿y por qué se fueron?

—Porque en el ejército enseñaban a leer y a escribir.

Todos permanecen en silencio. Y antes de que haya lugar a dudas, agrega quien habla:

—Mi papá me lo contó. Y todo es cierto porque él fue uno de los que partió.

Antes de complementar su relato, el narrador ve necesario terminar lo que hasta el momento era la historia oculta de su padre. Y no viene nada mal, porque, más allá de la anécdota o el breve homenaje, da un bosquejo de una de las formas de movilidad en el territorio. A estos jóvenes con ganas de educarse les esperó una larga travesía, caminar hasta Soatá, en donde un camión del ejército los esperaba para tomar rumbo a Cúcuta, y de ahí viajar hasta el batallón ubicado en el municipio Salazar de las Palmas, en Norte de Santander.

—Era el destinado para esta región —dice.

En el camino, se encontraron con jóvenes de Sativa, de Tarqui, de Sogamoso, que cambiarían de parecer en el trayecto. Había que escapar. Volver se les hizo difícil por el cansancio y la falta de dinero. La mejor decisión fue quedarse, y Socha y sus alrededores no les pareció mal.

La memoria es curiosa. Ahora todos recuerdan algún hecho: un vecino que vino de Jericó, otro de Tasco, otro de Chita, con la particularidad de que los lugares señalados están en la misma región. Concluido el relato que impulsó el recuerdo, alguien quiere que también se le escuche.

—Soy de La Laja. Mis padres son de La Laja. Mis abuelos maternos son de la Laja —dice uno de pie con voz calmada. Se quita el sombrero y lo aferra a su pecho.

—Pero una parte de mi familia no es de aquí.

Advierte que no sabe bien las fechas; que lo que contará pudo ser en la Guerra de los Mil Días o “en los años de 1800”.

—Perdón por no saber eso. Ya no me acuerdo —dice.

Comienza su relato diciendo que su abuelo paterno se llama José.

—De él sí quiero acordarme. Me gustaría que se sepa.

Y así será.

Esta es la historia de José.

Nació en El Cocuy. De joven, trabajador y entregado al rebusque. Un día cualquiera, unos hombres armados aparecieron por su casa y lo retuvieron.

—Eran esos que se dedicaban a la delincuencia. Esa que llamaban *la chusma* —aclara.

Lo obligaron a marcharse con ellos. Lo responsabilizaron de llevar en sus hombros el caldero de hierro para cocinarle a toda la tropa.

—Era el *maletero* de ellos —dice.

José vivió las duras. La tropa había tomado rumbo hacia el sur, cruzaron los páramos a pie, y él siempre con los kilos de metal en su espalda, sin ayuda de nadie. Así llegaron a Socha. En el sector llamado Boca Monte, las trochas se hicieron más estrechas y difíciles. Cada paso de José era más lento y corto que el anterior. Y entonces ya no pudo más, cayó de rodillas y dejó caer el caldero. Malas palabras de sus captores, que se apure, que no lo van a esperar, pero José siguió en el piso. Vio cómo seguían de largo, se alejaban, pero cómo seguir si no había fuerzas. Los que venían últimos continuaron sin dedicarle atención. De pronto, sin haberlo planeado se vio solo.

—¡Y ahí sí le volvieron las fuerzas!

Sin pensarlo dos veces, tomó impulso y corrió por la ladera, intentando descifrar si lo que seguía era un camino o estaba inventándose uno nuevo

do con empresas extranjeras.
HABLA EL MINISTRO FRANCIS
 Por su parte M. Catroux, el
 francés del aire, declaró anoche
 periodistas lo siguiente:
 —Es un alto honor y un gran
 para mi venir a Colombia y mi
 mi complacencia por venir a la
 guración de su gran planta siderúrgica.
 No puedo decir nada aún sobre
 Río porque quizás no encontraré
 bras para describir lo que me
 que espero ver en toda su por
 realidad el miércoles próximo
 ahora, quiero limitarme a abrir
 la prensa colombiana para el



Figura 3. Aerofotografía Belencito, C2667 0178
 2000, IGAC

por el susto. Al principio, vio que el monte era cada vez más espeso, pero no podía detenerse a comprobarlo. Tenía la aterradora idea de que lo perseguían, de que ya estaban cerca. Encontró un pequeño sendero que se convirtió en un camino más amplio, con huellas de bestias. Lo tomó y solo se detuvo cuando divisó una casa. “¡Por Dios, escóndanme, escóndanme!”, dijo a los dueños. Fue recibido por una pareja que no solo lo protegió, sino que luego le ofreció trabajo. Los dueños de la casa, que en realidad era una hacienda, eran padres de varias hijas. Con el tiempo José se enamoraría de una de ellas, pero esa es otra historia.

—Yo solo quería decir que esa violencia fue la que trajo a mi abuelo acá —finalizó.

A la historia de José le siguieron otras: el familiar que llegó a Socha desde Chita cuando se hacían los trueques en el mercado, los que encontraron el amor o los que compraron un pedazo de tierra para trabajar.

El común denominador es que cada relato sin excepción ha dado en el blanco. En conjunto, lo que resulta de

los recuerdos es un valioso insumo para crear una gran cartografía humana de pequeños flujos individuales y familiares. Sin quererlo, cada testimonio abre una puerta: son relatos que se transforman en insumos poderosos, cuyo centro está en los aspectos motivacionales y emotivos de la migración, que a

futuro podrá contribuir a pensarse en una dimensión viva del poblamiento del territorio.

Sin embargo, la gente quiere continuar. Alguien pide la palabra y señala que no se debe olvidar un hecho importante que le sucedió no solo a Socha, sino a toda la región.

—Ocurrió en Belencito, por allá en 1949 o 1950 —dice, y todos, sin falta, saben que lo que dirá a continuación es cierto.

Se trata de la llegada de Acerías Paz del Río. En realidad, fue creada en 1948, y se instaló en la hacienda Belencito, en el municipio de Nobsa. Sería hasta el 13 de octubre de 1954 que se puso en funcionamiento la planta. Precisamente, la construcción de las primeras instalaciones atrajo, al parecer, una primera ola migratoria a la región.

—Esto me lo dijo mi padre, que vivía por ese entonces en Bogotá —dice el nuevo relator de manera pausada—. El proyecto estuvo a cargo de Cuéllar Serrano Gómez, el de las obras civiles.

Dice que en 1949 su padre entró a trabajar para la constructora. Poco tiempo después, la empresa anunció que se estaba contratando personal para ir a trabajar a Belencito, al montaje de la planta de producción de Acerías Paz del Río. Quienes aceptaron obtuvieron como beneficio el pago de transporte ida y vuelta, sea en tren o en bus intermunicipal, desde Belencito hasta Bogotá. Los viernes se laboraba hasta el mediodía para que los viajeros pudieran partir a tiempo.

—Muy cumplidamente se devolvían los domingos.

Pasados un par de años, sucedieron dos situaciones que llegaron al mismo resultado. Algunos de los trabajadores de la Cuéllar Serrano se reti-

raron y pasaron a ser empleados de Acerías Paz del Río por aquello de las prestaciones sociales y los salarios, y los que seguían con la constructora se comenzaron a preguntar: “¿nosotros qué es lo que hacemos aquí?”. En ambos casos, la respuesta fue buscar vivienda en la región.

—No puedo decir cuántos se quedaron en Socha, pero de que llegaron, llegaron —concluye.

De acuerdo.

Fals Borda (1957) lo menciona:

las grandes instalaciones siderúrgicas de Paz del Río y algunas pequeñas industrias han empezado a atraer a elementos forasteros en número cada vez mayor. Asimismo, el proyecto Paz del Río ha atraído a persona de otros departamentos colombianos y es probable que la inmigración a Boyacá esté ganando empuje cada día. (p. 33)

Investigaciones más recientes le dan fuerza a la historia escuchada. Para mencionar una, según el investigador Sebastián Huérfano-Aguilar (2023), durante ocho años la demanda laboral alrededor de la construcción de la planta de Acerías Paz del Río en Belencito atrajo a 13.000 trabajadores (p. 216). La movilidad de población no debió pasar desapercibida en toda la región. Y aunque los efectos más visibles, según su peritaje, se evidenciaron en Sogamoso, Nobsa y el propio Belencito, no es descabellado pensar que en Socha también dejó impactos.



Mi tierra

En este punto se hace un alto a la conversación para repartir un café a base de agua de panela. De una vieja cocina oscura van apareciendo pocillos humeantes que se van pasando de mano en mano. Hablar de la llegada de sus abuelos los conecta al recuerdo de cómo era la vida antes, de las juntanzas con los vecinos. Es así que aparece una excusa para hablar de cómo se conectaron con este territorio.

Alguien se toma la palabra y no se anda con enredos.

—Primero con el amor —dice.

¿Amor a la tierra? Al parecer, no.

Se refieren a los lazos de pareja.

Aclaran que se han unido entre vecinos, que los flechazos aparecen cuando van por algún sendero, en algún bazar, en la escuela.

—Pero no siempre fue así —dice otro.

Asentarse significa inicialmente echar raíces con alguien. Y, claro, tener un pedazo de tierra para trabajarla y heredarla a los hijos. Los que llegaban solos entraban a la tarea no solo buscar trabajo, sino encontrar compañía. Pero no era tan fácil, no se trataba de un asunto de conversar al oído o el cortejo en un convite. Había que entrar a negociar.

—Ustedes saben, por acá el amor inicia conversando con los suegros —alguien dice entre risas.

¿Y cómo se deba entonces? Era trabajo principalmente de los hombres. El interesado asistía a la casa de la pretendida y en un cara a cara los padres de esta se le preguntaba a qué se dedicaba, de dónde venía, a dónde se la iba a llevar a vivir, el interrogado apenas contestaba “trabajo en una hacienda”, “soy de por acá cerca”, “estoy guardando para conseguir un rancho”. Si la bendición era ganada, venía después el matrimonio, luego los hijos. ¿Y la tierra? Esa tomaba un poco más de tiempo.

La tierra en Boyacá no es de grandes latifundios. Afirman que quienes heredaron parcelas o las adquirieron en la primera mitad de siglo XX no se distinguieron por ser terratenientes.

—Cinco o seis hectáreas por familia —aseguran, sin desconocer que sí había los que tenían más, pero eran excepciones.

Fals Borda (1957) asegura que “la tierra ocupada por boyacenses está salpicada de granjas aisladas” (p. 42), y que estas están muy cercanas entre ellas debido al pequeño tamaño de la propiedad, a la topografía y a la falta de vías. De estas ideas, los asistentes destacan la primera como la más importante.

—Familia que tenga hoy dos hectáreas, es mucho —dice uno de los asistentes.

La reflexión se va dirigiendo a que la tierra no solo es un gran centro de la organización productiva. También es el espacio de la construcción y afianzamiento de los lazos sociales y de su identidad. Y con la situación actual, dudan sobre lo que les depara el futuro:

—Acá el rancho que se heredaba, se dividía para los hijos. Hay menos espacio para entregarles. Y ya sin tierra, los jóvenes se van para otros lados. ¿Cómo les dice uno que se queden?

Intercambian historias y cualquiera de ellas puede representar sin peros la experiencia de los otros:

—Vivo en una casita, herencia que dejó mi suegro —dice uno que ha permanecido callado.

Sostiene que le fue imposible mantener un ahorro para comprar un terreno. Antes de morir su suegro, le pidieron permiso para hacer una casa:

—En una esquinita, para no incomodar mucho —le dijo.

Afirma que eran muy pobres, y por más que se esforzaran en el trabajo, las cosas no salían. Los suegros no lo pensaron dos veces y aceptaron. Un

día madrugaron para buscar el lugar correcto, y en un momento de la caminata el suegro señaló un espacio en un terreno inclinado. “Hagan una casa ahí”, dijo. Manos a la obra, entonces. Fueron de a poco: primero fue la explanada, luego algunas paredes de barro, los techos, después un corralito.

—Y con el corralito se me acabó todo lo que tenía —dijo—. Les digo una cosa: he sido pobre toda la vida. No había mucho que hacer, entonces me toco irme a Venezuela.

Solo cargó con las ganas de trabajar y allá lo hizo fuertemente. Ahorró unos pesos y regresó, avanzó con la casa y, de nuevo, el problema: se acabó el dinero. Dos veces más iría a Venezuela a lo mismo.

—Necesitaba hacerlo. Tenía que meter a mi mujer y a nuestros ocho hijos en algún lado.

Ocho hijos. Escasez de tierras a la par de familias numerosas. No es que salga a relucir la magnitud de sus integrantes como si fuera una curiosidad o una anécdota, es que en realidad sienten que hay una conexión directa entre la tenencia de la tierra y el bienestar del grupo, eso sí, desde una mirada de jerarquía patriarcal. De la voz de una mujer viene el recuerdo de una copla que habla de la soledad de un hogar, esa que considera no quiere vivir. Varios le dan vueltas a la idea, a ver cuál es, pero no hay resultado. La mujer insiste en el recuerdo de la casa quedándose sola, sin animales y sin la gente que la habitó.

—No quiero que eso me pase —agrega.

Unos cuentan que vienen de familias con diez hermanos, otros con doce, hasta que aparece alguien que cierra el debate:

—En mi casa, mis papás alimentaron a 18 hijos.

Ser niño

Nada para decir. O quizás sí. Es la excusa perfecta para entrar en la reflexión sobre la infancia como etapa fundamental para comprenderse con el lugar. Ellos, hijas e hijos de la Anaray, algunos desde los años cincuenta, otros desde los ochenta, saben cómo se fraterniza con la tierra. Entonces, ¿qué era eso de ser niño en Socha?, ¿cómo era la experiencia infantil de vivir el territorio?

—Yo le contesto eso —dice alguien, cuyo relato nadie se atrevió a desmentir al finalizar:

Me crie en la vereda El Estanquito, cerca de Paz del Río. Y ser niño en mi casa era levantarse a las cuatro de la madrugada. Éramos cuatro hermanos. Mi madre nos despertaba para que fuéramos a bañarnos.

Pero en muchas casas no hay baños como los de ahora. Mi mamá nos levantaba y decía “se van a bañar al *chorro*”. ¿Y qué era el *chorro*? Era un tubo de una pulgada de espesor, que traía agua muy cristalina del río. Solo acá sabemos lo que meterle la cabeza a esa agua a esas horas, cuando no había salido el sol y sin saber si era más fría el agua o el ambiente. El caso es que las mamás decían “¡a bañarse!” y punto.

Nos tocaba ayudar. De ese tubo también debíamos recoger agua en vasijas, ni siquiera baldes, porque a mi casa no llegaba. Que se necesita agua para el desayuno: que vayan los niños; que falta agua para el almuerzo, lo mismo. Recuerdo que algunas mamás hacían dulces y fritaban habas, otras cultivaban flores, frutas y verduras. Con apenas ocho años, nos mandaban los sábados muy madrugados, a las seis de la mañana, al mercado de Socha a venderlas. Había que apurarse: en esa época se estudiaba también los sábados, de ocho a once de la mañana. Por fortuna era un cuarto de hora caminando, y había los que les tocaba un par de horas.

Ya en el mercado, las mujeres con sus hijos se acomodaban a ofrecer sus cositas. De los canastos de esparto sacábamos los dulces brillantes, las pálidas curubas, las verduras aún marcadas con el color negro de

la tierra. Cuando no iban nuestras madres, debíamos encargarnos de las cuentas, que a diez centavos la lechuga, a cinco los dulces. “¿Hoy viene su mamá?”, nos preguntaban, “más tarde cae”, decíamos. Antes de regresar al colegio los canastos debían quedar vacíos. De hacerlo, mi mamá nos premiaba con una colombiana con un mojicón. ¿Y luego? Que no nos fuéramos todavía, que esperáramos un ratico, que faltaba algo importante: era el turno de hacer el mercado para la casa. Mañana, tarde y noche en Socha se comía papa. Hoy no tanto. De la vereda Socha Viejo llegaba un carro cargado a reventar; en mi casa siempre comprábamos un bulto que nos duraba solo una semana. También se conseguía el arroz, el maíz y la panela. De carne, pocón, pocón.

No son los mismos niños de antes a los de ahora, afirman con verdad de Perogrullo. Sí, antes las jornadas de colegio eran de ocho a once de la mañana, se regresaba a la casa para un descanso y se retomaban las clases de una a cuatro de la tarde. Ahora todo está regulado en una jornada.

—¿Saben qué cambió del todo? —pregunta alguien con la respuesta lista—. Que hoy no existe más la plaza de mercado.

Se miran, asienten con la cabeza. Los gestos de las bocas sugieren tristeza.

—Cierto —agrega otro—. Y tampoco el chorro. Se le dieron a una planta procesadora de agua.

Creación de la chicha



1 Selección y limpieza del maíz

Escoger maíz de buena calidad y lavarlo bien para retirar impurezas.



2 Cocción

Hervir el maíz en agua hasta que se ablande.



5 Filtrado

Colar la mezcla para retirar sólido.



3 Molienda

Triturar el maíz cocido para obtener una masa homogénea.



6 Endulzado y saborizado

Endulzado y saborizados, agregar panela, azúcar o frutas según la receta tradicional



4 Fermentación

Deja reposar varios días, permitiendo que se desarrolle el sabor.



7 Reposo final

dejar asentar antes de consumir, para que el sabor se estabilice



La conquista

Es necesario dar unos pasos atrás. Han conversado sobre cómo llegaron a Socha y del papel de la herencia como forma tradicional de consecución de la tierra. Es el momento de tomar el rumbo y hablar de otras maneras de apropiación. Como ejemplo proponen lo ocurrido en las veredas La Laja y El Mortiño. Allí había dueños de caserones que también la pasaban mal por la pobreza. A pesar de tener la posesión, no contaban con los recursos para pagar empleados que se dedicaran de manera juiciosa a los cultivos. No disponían de recursos monetarios o algún tipo de crédito

para pagar empleados; los ingresos solo se veían hasta el final de las cosechas y no había garantía de que esta fuera a ser exitosa. Difícil panorama, pero algo debía

hacerse. Fue así que una propuesta controvertida surgió: “le cambio un pedazo de tierra por mi trabajo y por comida”. ¿Y qué podían hacer los dueños? Se enfrentaban al hambre y al desespero. Se vieron obligados a una negociación forzada. Había que desprenderse de una *parcelita*, que de una en una terminó en la fragmentación total de la propiedad y la pérdida. ¿Y eso a quién le pasó? Sobre todo, a las mujeres que heredaban. Algunos avivados dueños de molinos en la región también se sumaron y se aprovecharon del desigual trueque.

—Le pasó a mi mamá y a mi abuelita —dijo alguien—. Recuerdo que les daban harinita de trigo, harinita de una cosa o de otra. Ellos aceptaron. Lo hicieron para sostenernos.

En otras veredas aseguran que sí existieron grandes terratenientes.

—Socuará era una hacienda. Sus dueños eran los señores de apellido Sarmiento —afirman.

A su saber, los predios de la hacienda iban desde la vereda Socha Viejo hasta parte de Soraquí. Sería en los años setenta que los propietarios decidieron vender. Sucedería, al parecer, la misma división de los predios. Se fue troceando la propiedad en potreros y estos corrieron con el mismo destino. Dicen que esta familia Sarmiento no solo concentró tierras en Socuará. Hasta donde se reconstruyó el relato, tenía terrenos en la vereda La Laja y varios predios en el casco urbano de Socha.

—Uno de ellos fue el que dio para hacer el colegio³. Era uno de los *duros*.

Intentan hacer la lista de algunos de estos poderosos, y surgen apellidos como los Rivera, los Sánchez y los Cuevas en Las Lajas, mientras que los Manrique, los Llanos y los Félix en Soraquí.

Los apellidos se confunden, se replantean, se confrontan. Sin excepción, cada vereda tenía sus grandes propietarios. Algunos dicen que, al parecer, fueron concentrando las tierras desde los años treinta y cuarenta, aunque otros especulan con la idea de que las tierras las consiguieron como pago de la Campaña Libertadora:

—Como no había plata, se pagó la deuda con predios —dicen algunos.

De la mano de la tierra venía el reconocimiento social. Esto se hacía con la demarcación de los linderos y el cercado. La hipótesis de Fals Borda

³ El colegio municipal de Socha se llama Institución Educativa Técnica Pedro José Sarmiento.

(1957) es apropiada: “el procedimiento que adopta un grupo para dividir la tierra entre sus miembros es un factor de bienestar de la vida rural” (p. 51). De ahí que levantar una cerca o la instalación de mojones se convirtiera en un evento comunitario. Un memorioso lo describe de esta manera:

Nos citábamos los interesados, sea una familia que necesita parcelar el lote para dejarlo como herencias o sea que un pedazo se vendió a algún conocido. Avisábamos con tiempo a la notaría o a la misma alcaldía la fecha y hora, y nos enviaban un perito sabio en escribir a máquina y cargarla sin penas durante el recorrido. Eso hacía que el negocio saliera legal. Apoyados en el primer mojón, se usaba una misma cabuya para medir. Nada de un metro como ahora. Esa cabuya podía medir cien o ciento cincuenta metros, y estaba dividida por nudos calculados a ojo cada veinte metros. Del mojón a la quebrada había tantos metros, de la quebrada hasta el filo, son otros más. Así se iba delimitando hasta regresar al punto inicial, todo señalado en las hijuelas de los peritos. Había algunos que escribían un número en cada mojón para no perderse. Iniciábamos a las seis de la mañana, éramos cuatro o cinco más los peritos, y terminábamos dos horas después, aunque a veces nos llegaba el mediodía. Terminábamos estrujando una oveja y tomando cerveza con los peritos. Así se cerraba el negocio.

De las notarías salían los registros de lo sucedido. Algunos se formalizaron en escrituras, otros sencillamente quedaron en documentos extrajudiciales. Para los sochanos, detrás de cada papel

estaba la palabra empeñada, más valiosa que la legalidad que imparte un sello y una forma oficial.

¿Y qué sucedía luego? Algo muy importante: los encerramientos.

—Básicamente, la madera abundaba por doquier, pero no era la mejor para cercar. Utilizábamos la piedra.

Es cierto que las chipas de alambre de púas eran de uso recurrente. Pero en las cercas de piedra se desarrolló una mística de la comunión y del carácter del territorio. Verdad evidente, el uso de grandes moles necesitaba de gran cantidad de fuerza y precisión. Lo primero se resolvió con el trabajo asociado: se corría la voz para un convite y las manos que asistían lo hacían por colaborar y recibir una remuneración ajena al dinero.

—Lo hacíamos por la comida —dice alguien—. ¿Que por qué? Porque eso ocurrió en los años cincuenta y sesenta, y así no lo crean, muchos de nosotros hasta ese momento comenzamos a conocer bien las monedas. Preferíamos un trueque de ese tipo.

Y fue así que dueños de la tierra, familiares, vecinos, obreros de veredas cercanas, se congregaron para destrabar las piedras de su nicho. Se armaron con herramientas rudimentarias, como barras de hierro y palancas de madera, que mulas y caballos arrastraban hasta su nuevo destino. Se daba una ecuación sencilla, entre tres y cuatro voluntarios sacaban un metro de cerca de piedra al día. Las cosas cambiaron en los años setenta, con Acerías Paz del Río ya rampante en la región. La empresa no vio problema en que algunos de sus trabajadores usaran la dinamita para volar algunas piedras gigantes que estorbaban en los

caminos. Seguro que fue una gran ayuda, pero la fuerza requerida seguía siendo la misma.

El tema de la precisión tiene nombre propio: Arturo Barajas.

—Era un maestro —aseguran.

Hacia los anclajes y los encuadres de las rocas a ojo, con cálculos mentales que no se plasmaron en ningún papel. Eran la perfección. El relevo lo tomarían sus hijos, quienes se mantuvieron en pie un par de décadas más. Hoy están retirados del negocio y nadie ha querido reemplazarlos. La razón es que ya no se hacen cercas de piedra, nadie invierte en ellas. Inicialmente, por lo costosas (a precio de hoy, aseguran, estaría en doscientos mil pesos el metro instalado) y porque surgieron alternativas más económicas para hacer encerramientos, tales como el eucalipto, cuya siembra abre un tema fuerte de conversación, porque conecta con un elemento que genera controversia por su talante a la hora de modificar el paisaje: el carbón.



La mirada institucional se ha empeñado en presentar la explotación del carbón como un eje fundamental articulador de los espacios vitales desde la óptica económica. Su argumento se soporta en cifras: en un folleto sin fecha de la Agencia Nacional de Minería (ANM), con estadísticas a 2018, se informa que en Boyacá existen 1.342 títulos mineros, el 37,9 % son de carbón, esmeraldas y materiales para la construcción.

—Siempre nos han dicho que trae progreso —se queja alguien.

Por su parte, el Ministerio de Minas y Energía (2022) señala que Socha es el municipio del

oriente boyacense con más producción de carbón, con 189.424 toneladas al año, equivalente al 39,03 % de la región (p. 16, 19); que Socha recibe una distribución

porcentual por regalías del 46,17 % (p. 16); y concluye que “Socha ha sido el que presenta mayor producción en la última década, seguido por Tasco” (p. 20).

—No nos vamos a decir mentiras. Claro que dio empleo y platica —dice uno más—. La gente arregló las casas, tenía para agarrar un bus. Nos ayudó mucho. Pero tuvo sus desventajas, solo que las vimos después.

En una nota periodística de la emisora de la Gobernación de Boyacá (11 de abril de 2024), se dice que en la Provincia de Valderrama “hay más de 200 títulos mineros y más de 1.500 mineros (que) ejercen la actividad diariamente” (95.6 FM Boyacá, párr. 5).

Otro que quieren advertir está relacionado con el cambio del paisaje.

—El eucalipto, hay que hablar del eucalipto —dicen.

Afirman que esa madera prácticamente la sembró Acerías Paz del Río. Aseguran que los señores alemanes que la empresa trajo sabían que los soportes que necesitaban los socavones debían resistir y que el eucalipto era ideal. El inconveniente estaba en que no había bosques con estos árboles en la región, pero sí se contaba con grandes cantidades de agua, el recurso necesario para su crecimiento. De alguna manera se convenció a la gente de sembrar en las fincas, de que eran inversiones a mediano y largo plazo, pues la madera tarda entre diez a quince años para que tome el grosor ideal para aserrarse.

—¿Y qué fue lo que pasó? Se nos vino la deforestación. No tuvimos cómo saberlo.

De Acerías, aseguran, se fueron en bandada tras las maderas nativas, que no tenían la consistencia deseada para aguantar el peso del socavón, mientras crecía el anhelado eucalipto. Esta situación llevó a que se acelerara también el proceso de aceptación y uso del carbón en los grupos familiares, puesto que ya no había leña para las cocinas y se optara por el uso de cocinas de carbón.

Las plantaciones de eucalipto no eran exclusivas de algunos municipios. Se expandieron desde Belencito hacia Paz de Río, Tasco, Socotá, las Sativas... La innovación era sembrar árboles, recomendada, aseguran, por parte de la empresa. Algunos asistentes que trabajaron desde los inicios de Acerías Paz del Río, afirman que la

empresa inicialmente compró terrenos por la vía a Duitama para sembrar inicialmente pino, pero en los análisis que arrojó un estudio resultó que no daría buen resultado; estos mismos aseguran que el eucalipto llegó primero a la vereda La Chapa y luego a la vereda El Alto.

Un último impacto más: “hubo una situación complicada en una época, los mineros eran extorsionados por la guerrilla⁴. Los llamaban a reuniones, que fueran hasta Socotá. Era para pagar la cuota. Les cobraban a los que sacaban una carga suficiente para llenar un camión a los industriales, con los artesanales no se metían”.

El tema es álgido. Alguien quiere hacer una reflexión para que sea escuchada, piden, *por algún sensato en Bogotá:*

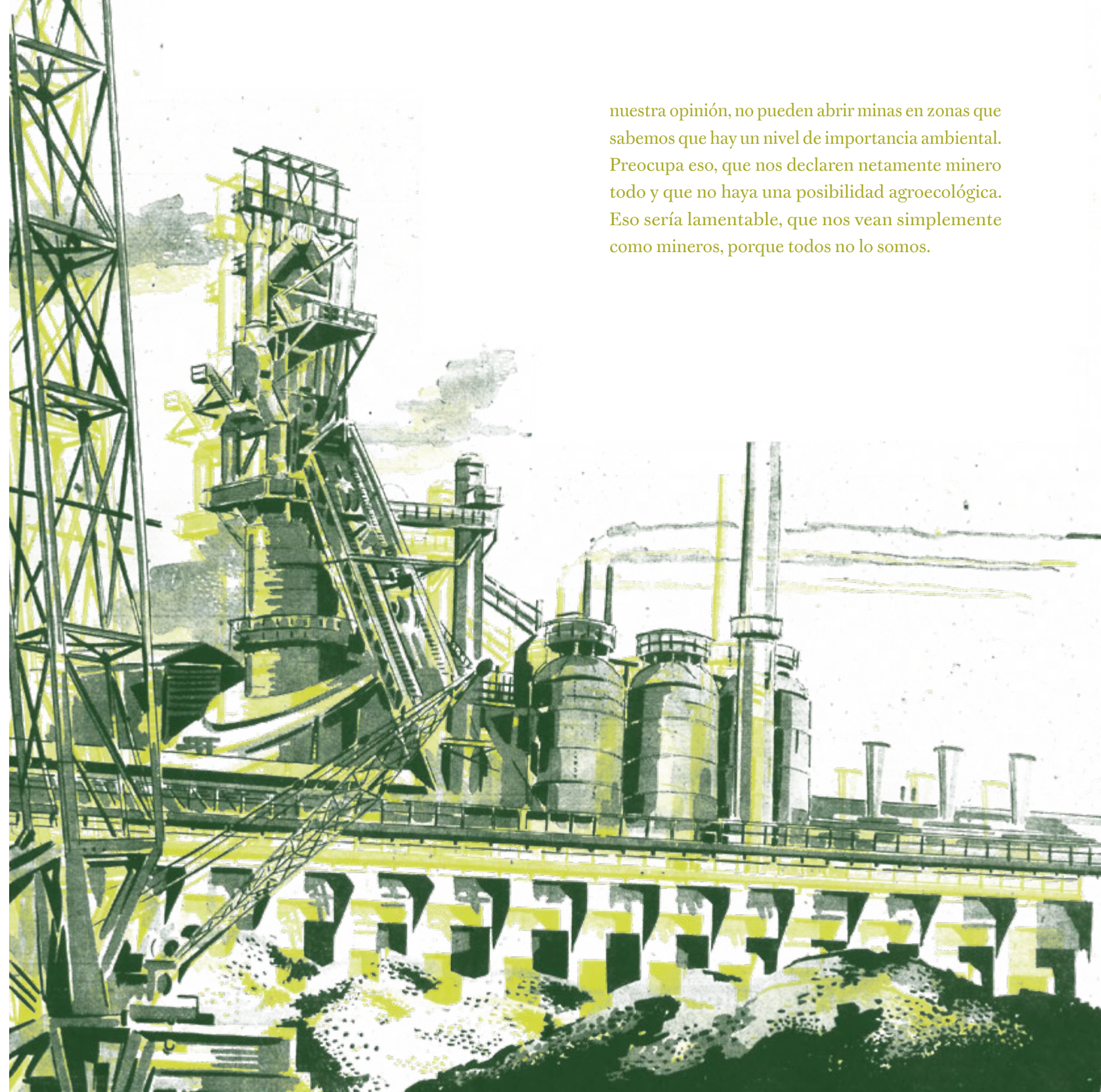
hay gente que viene a hacer otras cosas, otras cuestiones que no estabas acostumbrado acá. Pero la verdad no vemos que, por parte del gobierno municipal, se tenga con todo lo que se recibe un centro de salud, un hospital bien dotado para beneficio de la misma comunidad. O un centro científico. Algo que realmente dejen acá.

Hay más en su reflexión:

Está hablándose en la opinión pública el tema del distrito minero. No se sabe mucho, y ojalá esto se sepa, que esta región va a ser focalizada. ¿Eso qué quiere decir? Que en el norte del país, La Guajira y Cesar, van a ser sitios donde se pueda explotar. La provincia de Valderrama va a hacer un distrito y la finalidad del mismo es recoger mayor tributación. En

⁴ Sería el Frente 29 José María Carbonell, de las antiguas FARC-EP.

nuestra opinión, no pueden abrir minas en zonas que sabemos que hay un nivel de importancia ambiental. Preocupa eso, que nos declaren netamente minero todo y que no haya una posibilidad agroecológica. Eso sería lamentable, que nos vean simplemente como mineros, porque todos no lo somos.





Cien años, todos los años

Hay una curiosidad en esta última parte de la conversación, y es la entrada en confianza de la voz de las mujeres. Habían sido escuetas en sus respuestas y al parecer callaron cuando no se sintieron conformes. Les ha llegado su turno. Entre ellas hay una mujer que no recuerda su edad, pero es de conocimiento de todos que es un pilar oculto de Socha.

Carmen.

Un sombrero gris, una trenza recoge su largo cabello gris, tres sacos de lana y una falda larga la visten. Algunas manchas oscuras en sus manos y su rostro. Carmen se ríe, toma un sorbo de café, está feliz de ver tantos amigos y conocidos a su alrededor. Alguno de los asistentes le ha llevado un regalo y se lanza en agradecimientos y bendiciones. Hay que tomarse fotos con ella, pero, al verlas, muestra una pequeña mueca

y dice que no resultaron bien. Es una gran mentira.

—Le llevaron a conocer el mar cuando cumplió los cien años —aseguran todos sin titubear.

Dicen que es obligatorio escucharla. Vuelven las sillas hacia ella, sale tinto para todos y sacan los perros para que no interrumpen. ¿Qué decir antes de Carmen? Dice que vive en la vereda El Boche, en la parte alta. Los dolores no la dejan caminar. No puede subir o bajar las escaleras. Está al cuidado de una

de sus hijas. Desde la ventana de su habitación se alcanza una gran caída de agua. ¿Y qué decir después de ella? Que Carmen *es* cada mujer de Socha. No es cierto: Carmen *es* Socha.

—Me gusta bailar —arranca.

Dice, entre seriedad y broma, que tiene 120 años; dice que, en los tres años que pasó por la escuela, era la preferida de la profesora para los disfraces y los discursos; dice que ya no recuerda mucho, que tiene muchos dolores.

—Ya estoy ida de la cabeza.

Hay carcajadas. Hay que volver al pasado. Imaginarla.

A los ocho años, Carmen fue juguetona. Le resultó fácil bailar y aprenderse las canciones de la radio y aún no sabe que en la vida no las tendrá todas de su parte. Desde muy pequeña fue consciente de que había problemas en su casa, no había dinero. Fue momento entonces de ayudar. “Camíname nos cocina allí”, le pidieron los obreros de las fincas, a lo que no se negó. Madrugó más de lo normal y partió sonriente, porque significaba que iba a recibir una jocua de papas, lo que serviría para que en su casa se alimenten por tres días. No era la única que buscaba el rebusque; era lo natural en aquel entonces. La jocua: el pago con alimentos que recibían los trabajadores en lugar de dinero. Y con ese primer pago Carmen se hizo una adulta, como cualquiera que sepa lo que es vivir en Socha.

La vida siguió, los hombres debían arreglar la bocatoma, mirar qué carajos le pasaba al acueducto que no llegaba el agua a los ranchos o debían levantar una cerca de piedra. Carmen, como otras mujeres, preparaban guarapo, mute o cuchuco. ¿Que no es suficiente? Entonces hacían pan o arepas.

—Y no se imaginan cómo era en los convites —advierten unas.

Carmen abre los ojos, aprieta sus manos contra su cuerpo: cree recordar algo, pero se arrepiente.

—Es que es mucho el maltrato de mi cabeza —se lamenta.

Pero parece que no hay tal. Lentamente, Carmen recuerda cómo se hace la chicha, y describe con cada palabra la manera en que aprendió, se ve ahí: tomar harina de maíz y molerla con panela para hacer una masa compacta; pasarla a envolverla en hojas, como los tamales o las hayacas, y sentir que todo va bien. Respirar. Dejar que se fermente unos cinco o seis días y, pasados, desatar las hojas para mezclar el contenido con agua hervida en una tinaja de barro o un barril de madera.

—¡Uy, claro, eso sí tomábamos con un gusto! —dicen algunos.

—En ese tiempo no se tomaba cerveza.

—Los únicos que podían eran los trabajadores de Acerías.

Sí, pero regresando a los convites, había un estigma sobre las mujeres. No debían emborracharse, “no caramelear”, eso no se les ve bien, les decían. En esa misma lógica, les decían que no eran dignas de manejar el dinero. Carmen recuerda el caso de una conocida que vendía huevos y que tuvo el atrevimiento de hacer sus propias cuentas y hasta ahorrar.

—Lo que guardaba era para tomar cerveza —recuerda—. Le valía un carajo que le pegara el marido en la noche.

Alguien recuerda el caso de don Adán y doña Rosa, quien se acostumbró a las muendas, pero eso sí no quiso dejar la bebida.

—¿Se entiende? Los bazares, las fiestas, las rumbas eran para el gozo de los hombres.

No obstante, el asunto clave que quiere resaltar Carmen es otro. Lo anterior ha sido una excusa. Chicha, fiestas, golpizas son la clave para que se dé paso a hablar de lo que está detrás: la mujer, sus formas de resistencia y la conexión con el territorio. ¿Que por qué escondían la platica? Porque había que sacar adelante el hogar. A veces, a los hijos les daba miedo pedirle al papá. “No tengo”, “mire qué va a hacer”, obtenían como respuesta. O simplemente encontraban silencio.

—Si se necesitaba un lápiz para la escuela, y el papá no ayudaba —se adelanta una de ellas a explicar—, las mujeres resolvían: “bueno, vaya allá debajo del colchón. Ahí hay una bolsita de papel. Tráigala”.

No solo era eso. Carmen recuerda que también ocurría con los animales. Esa pequeña Carmen, aquella que comenzó a trabajar, a hacer chicha, no solo fue a las fincas a preparar la comida de otros; debió responsabilizarse también de la comida de los perros de su casa. Se las arregló con las sobras, cuando quedaban, y las repartía.

Los ejemplos que dicen ahora las mujeres son muchos. Carmen va alejándose de la conversación. ¿Algo más por saber? En realidad, sí, hay mucho más.

—Yo nunca trabajé en lo del carbón.

Cuando el carbón atrajo a las fábricas, a los grandes carros y a la gente que no era de Socha, dice, los hombres se fueron a buscar la buena suerte también. Entonces, las mujeres se quedaron a cargo de todo.

—¡No había hombres en el campo! —asegura.

Reitera lo que ya han afirmado antes, y es que muchos cultivos pasaron a ser potreros. Y todo porque el trabajo en las minas de carbón impli-

caba tener dinero fácil. No había que esperar a las cosechas, no.

—Se ganaba más rápido —dice otra mujer.

Acá la conclusión de muchos es que esta situación originó el abandono de las labores en el campo.

Pero Carmen quiere seguir contándose. Habla ahora del matrimonio.

—¿Cuántos años tendría cuando me casé? —le pregunta a una de sus hijas.

—Dieciocho años.

El matrimonio fue un arreglo. Apenas cinco meses tenía de estar viéndose con Pompilio, cuando le advirtieron que, para convivir, debían estar unidos por Dios. El aviso no vino solo; ya había conversaciones, negociaciones, acuerdos entre los padres. Después de la boda llegaron rápido los hijos, cinco en total. Pompilio, cosa curiosa, se dedicaba a trabajar el barro para hacer casas.

—Como lo hacían los indígenas —señala una hija de Carmen.

Carmen hace un alto para recordar una etapa de vida en la que fue feliz. Dice que, cuando había alguna fiesta, la buscaban para amenizarla. Esta mujer ha nacido para bailar, para cantar. A medida que cuenta su historia, va zarandeándose un poco y suelta un *¡yujuuu!* Agrega que la alegría y la música las tomó de su padre, quien tocaba la guitarra y el tiple para ganarse la vida. Lo acompañaba fielmente a cualquier jolgorio. Todos ríen. Luego retoma su relato.

Carmen y Pompilio no tuvieron una tierra para vivir y sabían que la necesitaban. Coincide en que era normal entonces que los jóvenes compartieran el hogar de los padres, mientras les llegaba la hora

de la herencia o ahorran para comprar. En su caso fueron las dos, vivieron primero en casa de su abuelo para después sí hacerse a un pedazo de tierra. Y mientras ahorraron y tuvieron para comprar, Carmen se desempeñó en lo que saliera.

—No podía quedarme quieta. Pasaba de un trabajo a otro —dice.

Era la vida normal de la mujer casada.

—Hay que hacer lo que sea por los centavos —asegura una de las asistentes.

En los cultivos de papa, a la hora las cosechas, Carmen participó en las llamadas *sacanzas*: escoger las papas más grandes y encarrilarlas en los costales. Cuando el día iba terminando, los dueños del cultivo les permitían a los trabajadores remover la tierra con azadones pequeños. En el escarbe se desenterraban más papas, que servían como pago de la jornada. Es lo que se llevaban a las casas.

—*Riche*. Así se llamaba a lo que se iba encontrando —dice alguien.

Son cien años bien puestos los de Carmen, y en ellos supo lo que era emparentarse con la tierra y con el trabajo. Continúa el recuerdo con su vida de madre y mujer laboriosa. Cada día, apenas empezaba a aclarar y los animales olfateaban cerca de la cocina, los hombres tomaban camino hacia las parcelas para picar, arar y sembrar semillas. Carmen se quedaba atendiendo a sus hijos para enviarlos a la escuela. Después se unía al trabajar del campo.

—Éramos y somos las que recolectamos —aclaran algunas con firmeza— y damos ayuda más que todo en trabajos adicionales.

Carmen desgranó el maíz, ayudó en las parvas para sacar el trigo y la cebada, recogió arveja y

habas; amontonó y llevó las cargas a los depósitos.

—Eso le ha tocado a la mujer y a los niños —agregan unos, aunque advierten que a veces toda la familia lo hace.

La visión que se recrea y que se va teniendo consciencia es de mujer-columna. Se descubre que, desde lo minúsculo, desde lo nuclear, la organización del espacio familiar lo determinan las mujeres. Como todas, Carmen se encarga del centro del universo llamado hogar. En cada vereda, en cada finca, en cada casa, las mujeres dan forma al territorio íntimo y crean enclaves simbólicos de pertenencia. Sí, es la atención a su pareja y a su prole; sí, se conectan a la economía familiar y colectiva. Pero aún más, se conectan con la vida misma y son quienes dispensan de cuidado. Es así que, a partir de ellas, se fortalece un espacio vital: las huertas.

—Por lo general sembrábamos en los bordes de la casa —aseguran las mujeres presentes—. Teníamos cebolla, cilantro, repollo, lechugas. Alrededor estaba el ajeno, aunque casi no hay; la matricaria, la manzanilla, la limonaria, el toronjil, el perejil y la menta. Mejor dicho, todas esas vainas las hay.

—Es obligatoria la huerta, aunque ya no tanto. Antes, casa que se respetaba debía tener sus aromáticas.

De nuevo, la histórica relación mujer y medicina. Era la destinada a enseñar el uso de las plantas, desde el más pequeño hasta el más grande para la sanación. Si alguien se sentía enfermo, era enviado a calentar agua y a buscar a la huerta planta oportuna. Que le duele el estómago, vaya prepárese un agua de ajeno; que hay un muchacho con una gripa interminable, que se haga una bebida caliente con granadillo y verbena. En palabras simples, a

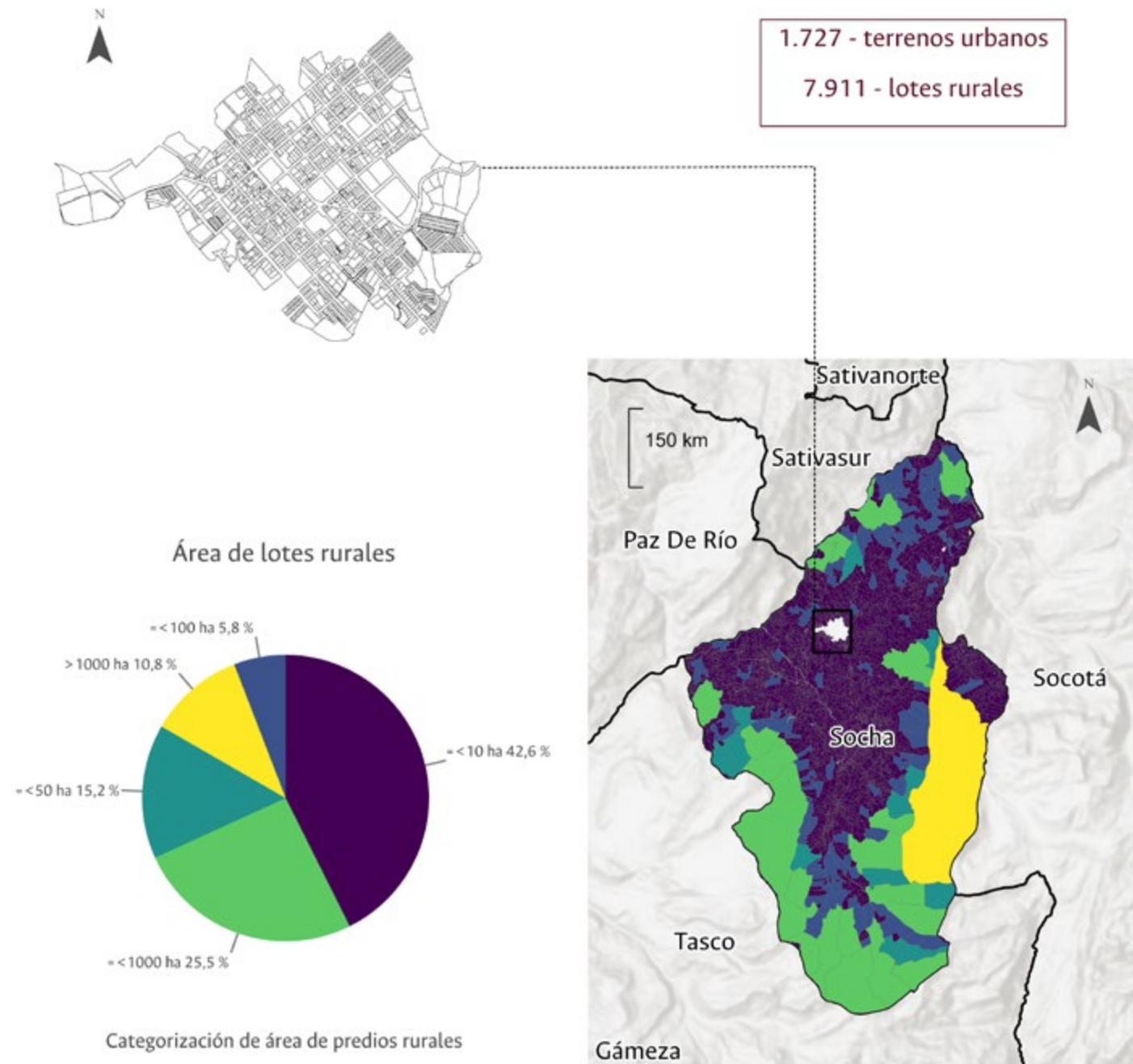


Figura 4. Mapa de predios rurales de Socha. Datos IGAC (2025)

cada malestar le corresponde una receta que fue perfeccionada por la voluntad de la mujer. Lo que se devela es una práctica, la del equilibrio entre la tierra y quien la habita, para que haya otra suerte de vínculos relacionados con una ética del cuidado y la pertenencia. Cada receta a base de hierbas es ejemplo de un saber interdisciplinario que dominan estas mujeres de Socha, en el cual se conjugan la antropología, la economía y la medicina, inmersas en la organización social de su territorio. ¿Le duele la barriga?, que se tome una agüita de menta; que ese dolor de la niña es de puros cólicos, ponga agua a hervir con las flores de la manzanilla.

Y a todo lo que dicen las mujeres, Carmen lo confirma con una sonrisa o menea la cabeza, porque quién más que ella conoce a la perfección las historias. “¿No es así, doña Carmen?”, es la pregunta que se escucha de manera reiterada. A veces, la mirada de Carmen se pierde; se frota las manos unos momentos y mece su cuerpo. Quiere contar algo más, no sabe qué, y es su hija quien le da el tema.

—Fue la partera de Socha.

Alguien dijo que la vida moderna se orienta desde el conocimiento de los abogados y de los médicos, con el manejo de las leyes y de la salud. Son sabidurías que regulan lo que encierra la vida moderna. Carmen es el ejemplo de un ejercicio de contracultura con el uso de la sabiduría que ha adquirido desde niña. Ha subvertido el orden y pone a su entorno como objetivo del cuidado, porque desde el uso de las plantas para espantar los malestares de la barriga, de los pulmones, de la cabeza, también arrebató el control de la vida y lo devuelve. Carmen creció, observó, aprendió, practicó, probó; se puso

a disposición de recibir la vida. Supo lo que es parir y prestó su ayuda a otras mujeres.

—Ciento y tantas de niños traje al mundo —dice con la sonrisa más hermosa—. Yo les miraba el vientre para saber a cómo venían. Me dieron mucha garantía, porque le acertaba a eso: si vivían o si estaban en vísperas de morir.

El chisme se regó aquí y allá. Se fue haciendo una fama bendita. La buscaban porque era *infalible* y pronto se enteraron los doctores en el pueblo. La verdad, dicen, es que en el hospital no atendían algunos casos, entonces las parturientas recurrían a ella. Carmen se armó de plantas de su huerta y las revisaba sin importar la hora. Si podía, iba hasta donde está la quejumbrosa.

—Muchas de nosotras preferíamos tener a los hijos en las casas que en los hospitales. La buscábamos a ella, y ella iba —dicen.

—Yo las miraba —responde Carmen—, les decía “ya va a salir la criatura”. Las dejaba bien, en la camita. Regresaba a la casa a mis quehaceres.

Entonces sucedió. Desde el hospital le llegó la orden para que dejara de hacerlo, que no era sano, que era peligroso, que ella no había estudiado. Carmen, no obstante, continuó en lo suyo, por aquello de la confianza depositada, y porque nació para ayudar. De a poco, fue más difícil prestar la colaboración; no solo se trató de la presión de los médicos y algunos funcionarios de la alcaldía, sino por su edad y otras tareas.

El Hombre: un animal simbólico. El territorio en el que se habita no se conforma solo de lo que posee y cómo se aprehende (lo físico), sino también de los espacios difusos que surgen de

otros saberes, los cuales hay que conquistarlos y apropiárselos de otras maneras. Una geografía para la vida para la cual todas las Carmen reunidas le dan explicación sencilla, pero olvidada. Carmen es una suerte de espejo de cien años. Las que asisten se reflejan en su experiencia de vida.

Carmen quiere cerrar con algo que le mueve el corazón. Casi todos los presentes lo saben y creen que es necesario conocer.

—A algunas mujeres nos pasó.

Carmen, sus hijos crecieron. Pocas oportunidades hubo para que fueran a la escuela. Una de sus hijas, la mayor, con trece años, cerca de los catorce, la buscan. Que ya estaba en edad de trabajar, le dijeron, que era por su bien, que pensara en su futuro. ¿Qué hacer? Un bus se llevó a su niña a Bogotá, a trabajar en una casa de familia.

—Fue la profesora del pueblo —señala la hija de Carmen—. Ella se la llevó. Luego, mi hermana venía, se estaba unos tres, cuatro meses. Se iba de nuevo. Y así.

No hay lugar a comentarios. Se desconoce si existen registros de este tipo de migración o si hay estadísticas que reflejen el impacto de esta práctica.

Hay tiempo para un último café. No todos están dispuestos a repetir y además deben salir para sus veredas. Solo una pregunta más: y con todo lo conversado, ¿qué significa esta tierra?

—Vida. Acá fue donde me crié.

—Gratitud.

—Es mi moral.

—Es la tradición. La Campaña Libertadora paso por aquí.

—Todo. Acá estuvieron mis papás; ahora está su descendencia y la mía.

—Dolor, preocupación, tristeza. La minería nos ha puesto a pensar solo en dinero.

—Campesino. Así lo digan algunos señores de forma despectiva.

Despedida



CONGESTION EN SOGAMOSO

La ciudad de Sogamoso mostraba esta tarde una gran animación. Gentes llegadas de todas partes, de distintas nacionalidades llenan calles, hoteles, bares y restaurantes. Sogamoso es una torre de Babel. Se hablan todos los idiomas y no hay cupo para un alfiler en ninguno de los hoteles y casas preparadas para residencias de los invitados. Las gentes sogamosinas muestran alegría por la iniciación de los trabajos de la gran planta siderúrgica que seguramente traerá para la ciudad muchos beneficios. En los hoteles de Paila, de Duitama, de Santa Rosa y de Tunja están preparadas habitaciones para los invitados que llegaron esta tarde y que mañana permanecerán en Belencito todo el día.


El doctor Dario Echandía, ex-presidente de la república y actual magistrado de la Corte Suprema de Justicia, se halla pasando una temporada de descanso en las "Residencias Suescun" y casi que se ve obligado a abandonar su reposo por la exigencia de

M

El resultado de la histórica votación dio al gobierno una mayoría. Los socialistas se declararon favorables a la política comunista voto en contra y los católicos del M. R. P. votaron por la continuación del rearme alemán.

Paris, octubre 12 (U.P.)—El jefe del gobierno Pierre Mendes-France, conculgo esta noche la confianza incondicional de la asamblea nacional para proseguir las negociaciones occidentales sobre el rearme alemán.

do con nuestro deber, pero no que nos alegremos de ello. Tuvo un gran contraste con en que fue rechazado el pacto europeo (CED) en que mente entonaron unos LA M



Se debe hacer un alto. A vuelo de pájaro, han narrado algunas de las formas de poblamiento, la consecución de las tierras y de qué manera reconocen la propiedad. No obstante, es válido pensar en cuál es la percepción institucional. En 2021, en Socha inició la actualización catastral por parte del IGAC, cuyo interés era obtener

una radiografía [...] para conocer cuántos predios tienen, cuál es el área de cada uno, sus linderos, sus características, qué construcciones tienen, cuál es su uso, quiénes son sus propietarios, poseedores u ocupantes y cuál es su valor catastral, información clave para el desarrollo territorial. (IGAC, 2021, párr. 3)

La otra mirada

Entonces, ¿qué sucede con la formalización de estos predios que fueron comprados, heredados o entregados como pago, para luego ser cercados y señalados de ser propios? La lógica de pensamiento político y administrativo viene con dos conceptos que alertan a las comunidades, cuando piensan en las sucesiones de la tierra: las falsas tradiciones y las herencias no formalizadas. Distanciado de la conversación que se viene dando con la gente de las veredas, desde la Alcaldía Municipal de Socha presentan su perspectiva actual, cuando el proceso catastral ha entregado sus resultados.

Dicen que la propiedad de los terrenos, más que todo en las áreas rurales, ha sido siempre un problema de larga data. La mayoría vienen con falsa tradición y unos cuantos de esos terrenos eran baldíos. Sobre los últimos, se han presentado algunos casos que se están tratando de legalizar con ayuda de otras entidades oficiales de orden nacional. El mayor dolor de cabeza ahora

son los primeros. ¿Cuáles han sido los principales inconvenientes? Que en el proceso de catastro se dieron (y se siguen dando) muchas quejas. No se trata de una vereda en específico, porque se trata de un patrón de conflictividad en todo el municipio.

—Se han confundido en la parte de los propietarios —asegura un funcionario municipal—. No se tienen bien definidos los predios, los límites, ni los linderos.

Pese a que el conocimiento empírico y tradicional de la gente los ha llevado a saber qué y cuánto es de cada quien, y que el uso de la palabra pactada ha prevalecido, han encontrado que en los mapeos que las propiedades se traslapan. ¿Y ahora qué?

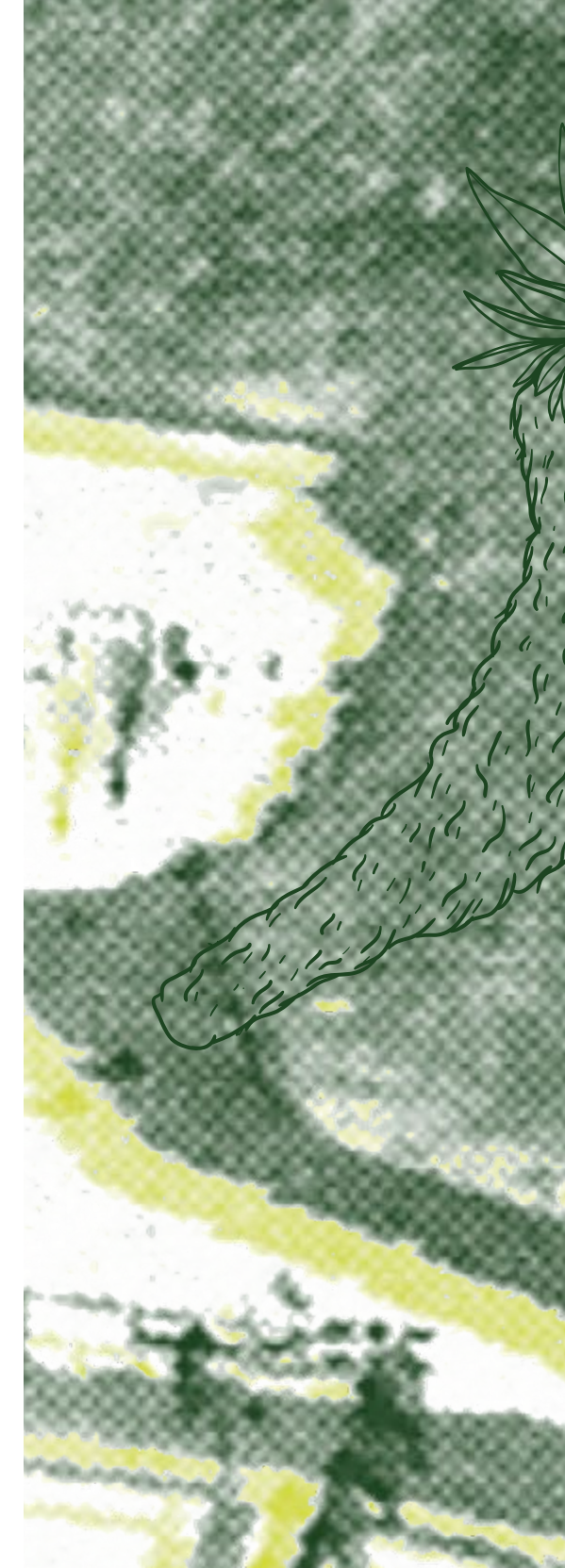
—Sobre ese trabajo que se hizo por parte de catastro, no se averiguó tanto, o no se hizo énfasis en ese proceso —responde el entrevistado.

Agrega que, aunque es un tema de su responsabilidad, desconoce la metodología que se manejó y que no fue clara la delimitación de los predios, y por eso mismo las dimensiones de los avalúos son incomprensibles, en unas ocasiones muy grandes, en otros mínimos.

—Ese es el gran inconveniente de la gente —afirma—, que está inconforme con ese tipo de evaluación.

¿Alguna solución? Una, muy pragmática:

—Sería procedente que se hiciera un trabajo más real, con la gente, donde se permitirá determinar con claridad ese tipo de límites y de linderos. Y que asistiera la Agencia Nacional de Tierras para la legalización de los terrenos, que no se queden como baldíos o como falsa tradición. Eso permitiría un mayor desarrollo del municipio y digamos que cuantificar de mayor manera toda la cantidad de predios y propietarios que se tienen.



La conversación sobre lo que es vivir en Socha no ha estado ausente de pensarse también con los jóvenes. A manera de cierre, va una carta escrita por uno de ellos. Es la reflexión que hace cuando se le preguntó, de manera algo ambiciosa, su sensación después de haber escuchado a todos los participantes y su manera de vivir el territorio:

Epílogo: una última reflexión

mirar a la tierra es clavar los ojos en una búsqueda de las raíces. Es un ejercicio de recuperar las voces que han nutrido nuestra memoria. Los mayores son los depositarios de este diálogo con el tiempo. Poner los pies en estos días resulta siempre una tarea en que observamos para atrás. Reconocernos en este territorio es identificarnos en las raíces campesinas y sus cambios en un municipio, que en los últimos años se ha vuelto más dependiente económicamente de la minería del carbón.

El territorio se dota de sentido o se despoja del mismo por la relación que los pueblos establecen con la tierra. Esta es una definición que adquiere significación cuando las personas le dan sentido en su diario vivir y está inscrito en su ADN cultural. Teniendo presente esto, con la responsabilidad de colocar una reflexión a nombre de los jóvenes en el municipio donde nació, trataré de recoger las voces e interpretaciones de mis compañeros y compañeras generacionales desde varios puntos de vista.

Lo primero a tener en la cuenta: la tierra en los jóvenes ha experimentado un cambio sustancial. Se nota por

el uso y vocación de la tierra. Es común notar una desconexión entre las zonas rurales y los espacios urbanos. Las formas de vida en que los jóvenes se ven tentados a sembrar y trabajar la tierra como los hicieron sus padres y sus abuelos son cada vez menos. Hay mucha influencia de la minería, es la principal fuente económica en la región, y los jóvenes tenemos cada vez menos arraigo con las formas de trabajo en el campo. Si le añadimos que los campesinos mayores no han encontrado un relevo generacional en las labores diarias, asistimos a un notable cambio de lo que es el campesinado.

Este fenómeno probablemente no es nuevo.

Tomando el solo ejemplo de los nuestros abuelos y padres, ellos salieron en edades muy tempranas a buscar trabajo en las ciudades. Se nos fueron, a pesar de los episodios de violencias en muchas partes del país, de las confrontaciones bipartidistas que marcaron varias generaciones. Colombia seguía siendo mayoritariamente de personas del campo. Nuestros padres se reconocen en la generación que durante los años ochenta engrosaron los procesos de expansión urbana en las grandes ciudades. Acá en Socha eran comunes las familias numerosas y los múltiples hijos solían ir a trabajar en otras labores que no fueran ruralizadas. Desde esta generación se empieza a notar entonces una ruptura con las originarias formas de trabajo en el campo.

Nosotros, los nacidos a finales de los noventa e inicios del nuevo siglo, logramos abrir una brecha importante con nuestros abuelos, porque en toda esta región

empezó paulatinamente a dedicarse a la minería del carbón en socavones. Sin ir muy lejos, mi idea es que esta economía se ha levantado con una dependencia de nosotros los jóvenes. Es natural que nosotros, al terminar los estudios de secundaria, no ingresemos a la universidad y debamos ser la mano de obra cercana de la minería. Ello resulta más atractivo que trabajar en los campos por los ingresos. A pesar de que este trabajo tiene unos altos riegos, preferimos trabajar allí, en unas pocas horas podemos conseguir lo que se obtiene generar en varios jornales de trabajos en el campo. Esto también dificulta las labores de los campesinos, porque no se encuentra fácilmente personal para labores agropecuarias.

Esto genera unos lazos patronales bastante fuertes en el sector y la dependencia a los precios y fluctuaciones que experimente el carbón. Este fenómeno económico ha cambiado las relaciones con la tierra y, probablemente, también ha creado tensiones con las formas tradicionales de vivir. Es cada vez menos común escuchar entre nosotros que se trabaja para ahorrar y comprar una finca para sembrar.

También es natural que nosotros establezcamos una relación estratégica con el territorio, comprender nuestro espacio para poderle dar el mejor uso y apropiarnos de él. Por eso, también somos muchos los que estamos inscritos en el lenguaje la defensa del territorio. Desde las múltiples miradas, la tierra y el territorio tienen más sentido, porque es nuestro hogar.

Referencias

Agencia Nacional de Minería. (s.f). *Departamento de Boyacá*. <https://www.anm.gov.co/sites/default/files/DocumentosAnm/boyaca.pdf>

Avellaneda, J. A. (2013). Aproximación a la historia ambiental de la minería en Boyacá. *Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña (HALAC)*, 3(1), 208-224.

Boyacá 95.6 FM. (2024, abril 11). En Socha se tendría Grupo de Seguridad y Salvamento Minero. *Boyacá 95.6 fm*. <https://956fm.boyaca.gov.co/en-socha-se-tendria-grupo-de-seguridad-y-salvamento-minero/>

Corpoboyacá. (2015). *Diagnóstico del plan de ordenamiento hídrico – PORH de la cuenca media y alta del río Chicamocha*. https://www.corpoboyaca.gov.co/cms/wp-content/uploads/2016/08/DIAGNOSTICO_RIO_CHICAMOCHA_V4-1.pdf

Dousdebés, P. J. (1940). *Trayectoria militar de Santander*. Bogotá: Ministerio de Guerra.

Fals, O. (1957). *El hombre en Boyacá*. Ediciones Documentos Colombianos.

Huérfino-Aguilar, S. (2023). Extractivismo, acero y ambiente: Acerías Paz del Río y el auge industrial en el Valle de Sogamoso, Boyacá (1954-1983). En: *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*. Vol. 28. Núm. 1.

Instituto Geográfico Agustín Codazzi. (2021, 13 de abril). Arranca la actualización catastral de ocho municipios de Boyacá. <https://www.igac.gov.co/node/215>

Ministerio de Minas y Energía. (2022). *Implementación del modelo EITI a nivel territorial*. <https://repositoriobi.minenergia.gov.co/bitstream/handle/123456789/2805/Pr2-Do8%20Informe%20EITI%20Territorial%20Boyaca%CC%81%20V2.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Ocampo, J. (1997). *Identidad de Boyacá*. Jotamar.

Rodríguez, E. (2007). Las disparidades interprovinciales en Boyacá. *Revista Apuntes del CENES*, 27(43), 205-256.

